



LIBRO DECIMO.



Marcha de los españoles á Texcoco; sus negociaciones con los Mexicanos; sus correrías y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yacapichilan, Cuauhucnac y otras ciudades. Construcción de los bergantines. Conjuración de algunos españoles contra Cortés. Reseña, división y puestos del ejército español. Asedio de México; prisión del rey Cuauhtemotzin, y ruina del imperio mexicano.



MARCHA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO.

CORTÉS, que no apartaba nunca de su espíritu la idea de la conquista de México, se empleaba en Tlaxcala con suma diligencia en la construcción de los bergantines, y en la disciplina de sus tropas. Obtuvo de aquel senado algunos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, clavazón y otros materiales de los navíos que había mandado desbaratar el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina de los pinos del monte de Matlatcueye (1). Avisó á los

(1) Solís dice que en aquella ocasión sacaron azufre los españoles del volcán de Popocatepec para hacer pólvora: que el que lo sacó se llamaba Montano, y para confirmarlo alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcán antes de la conquista de México, y que quien lo sacó en 1522 se llamaba Montaña, no Montano, como dice

Huexotzingos, á los Cholultecas, á los Tepeyaqueses y á otros aliados, á fin de que alistasen sus tropas, é hizo reunir una gran provisión de municiones de guerra y de boca, para el numeroso ejército que pensaba emplear en el asedio de México. Cuando le pareció oportuno ponerse en marcha, pasó reseña á su tropa, que se componía de cuarenta caballos, y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella poca caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías, armada la una de mosquetes, la otra de ballestas, la tercera de espada y rodela, y la cuarta de picas. Puesto á ca-

Solís. Para probar la verdad de estos datos, no es necesario ir á buscar el apoyo de un escritor holandés, pues consta por el testimonio de muchos autores españoles, y por los privilegios que concedió el rey Católico á la posteridad de Montaña.

ballo enfrente de su pequeño ejército, después de ordenarlo, habló de este modo á sus guerreros: "Amigos y compañeros, todo lo que yo pudiera decir para escitar vuestro valor, sería enteramente inútil; pues todos nos reconocemos obligados á reparar el honor de nuestras armas, y á vengar la muerte de nuestros compatriotas y de nuestros aliados. Vamos á la conquista de México, empresa la más gloriosa de cuantas se nos pueden ofrecer en el discurso de nuestra vida: vamos á castigar de un golpe la perfidia, el orgullo y la crueldad de nuestros enemigos; á ensanchar los dominios de nuestro soberano, agregándoles un reino tan grande y tan rico; á facilitar los progresos del Evangelio, abriendo las puertas del cielo á tantos millones de almas; á asegurar en pocos días de trabajo el bienestar de nuestras familias, y á inmortalizar nuestros nombres: estímulo todos capaces de aguijonear á los más cobardes, cuanto más á corazones tan nobles y generosos como los vuestros. Yo no veo dificultad alguna que no pueda sobrepujar vuestro brio. Son muchos nuestros contrarios; pero les somos superiores en el valor, en la disciplina y en las armas. Tenemos además á nuestras órdenes un número tan crecido de tropas auxiliares, que, ayudados por ellas, podremos conquistar no una, sino muchas ciudades como México. No hay duda que es fuerte; pero no tanto, que pueda resistir á los ataques que vamos á darle por agua y por tierra. Finalmente, Dios, por cuya gloria peleamos, se ha declarado favorable á nuestros designios. Su Providencia nos ha conservado en medio de tantos desastres y peligros; nos ha enviado nuevos compañeros en lugar de los que hemos perdido, y ha convertido en nuestro bien los mismos instrumentos que nuestros enemigos habían empleado en nuestro daño. ¿Qué no debemos esperar en el porvenir de su misericordia? El es nuestro conductor en esta grande empresa; merezcamos pues su protección, y no nos hagamos indignos de ella con nuestra pusilanimidad y desconfianza."

Los Tlaxcaltecas, que procuraban imitar la disciplina de los españoles, quisieron hacer también reseña de sus tropas en presencia de Cortés. Rompió la marcha la música militar de cornetas, caracoles y otros instrumentos de viento, y detrás venían los cuatro gefes de la república, armados de escudo y espada, y adornados con hermosísimos penachos de dos pies de alto. Llevaban los cabellos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y en las orejas, y en los pies calzados de gran valor. Seguíanles cuatro escuderos, armados de arco y flechas, y en pos los cuatro estandartes principales de la república, cada cual con su insignia propia, hecha de plumas. Después empezaron á pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes particulares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos ó cuatrocientos hombres; seguían las tropas armadas de espada y rodela, y al fin armadas de pica. Herrera y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los piqueros diez mil, y los de espada y escudo cuarenta mil (1).

Xicotencatl el joven, hizo también una arenga, á ejemplo de Cortés, en la que dijo á sus tropas, que al día siguiente, como ellos sabían, debían marchar con los valientes españoles contra México, enemiga eterna de la república; que aunque el nombre solo de los Tlaxcaltecas bastaba para amedrentar á

[1] Solís siguiendo, como él dice, á Bernal Díaz, no cuenta en la reseña de los Tlaxcaltecas más de 10,000 hombres, y critica á Herrera porque dice que había 80,000; pero en este, como en otros muchos puntos, se nota el descuido de Solís en consultar los autores. Bernal Díaz no hace mención de la reseña de los Tlaxcaltecas: solo dice que Cortés pidió al senado 10,000 hombres, y el senado respondió que estaba pronto á darle mayor número de tropas. Herrera no cuenta 80,000 hombres, como dice Solís, sino 110,000, y en este cómputo lo han seguido Torquemada y Betancourt. Ojeda, que estuvo presente, y mandaba las tropas aliadas, dice que eran 150,000; pero incluye á los Huexotzingos, á los Cholultecas y á los Tepeyaqueses.

todas las naciones de la tierra, debian aperebirse á ganar nueva gloria con sus acciones.

Cortés por su parte convocó á los principales señores de los ejércitos aliados, y los exhortó á una fidelidad constante para con los españoles, ponderándoles las ventajas que debian esperar de la ruina de los Mexicanos, y los males que los amenazaban, si por sugestion de estos, ó por miedo de la guerra, ó por inconstancia de ánimo, faltaban á la fe que habian empeñado. Despues publicó un bando, para gobierno de sus tropas, que contenia los artículos siguientes.

1. *Nadie blasfeme de Dios, de la Santa Virgen, ni de sus santos.*

2. *Ninguno riña con otro, ni ponga mano á la espada ú otra arma para herirlo.*

3. *Nadie juegue las armas, ni el caballo, ni otra prenda del servicio.*

4. *Nadie fuerce á muger alguna, so pena de muerte.*

5. *Ninguno se apodere de los bienes ó prendas que no le pertenecen, ni castigue á ningun indio, si no es su esclavo.*

6. *Ninguno haga correrías sin permiso del general.*

7. *Ninguno prenda á los indios, ni saque sus casas, sin permiso del general.*

8. *Ninguno trate mal á los aliados, ántes bien procuren todos conservar su amistad.*

Y porque de nada sirven las leyes cuando no se cela su observancia, y no se castigan los delincuentes, mandó ahorcar dos negros esclavos suyos, porque habian robado un pavo y dos capas de algodón. Con estos y otros ejemplos hizo respetar aquellas disposiciones, tan necesarias para la conservacion de sus pequeñas fuerzas.

Despues que hubo tomado las medidas que le parecieron conducentes al buen éxito de su empresa, marchó finalmente con todos sus españoles, y con un buen número de aliados, el dia 28 de diciembre de 1520, despues de haber oido misa é invocado el Santo Espíritu. No quiso desde luego llevar consigo todo el ejército aliado que habia pasado reseña el dia ántes, tanto por la dificul-

tad de mantener tan gran número de gente en Texcoco, como porque creyó mas oportuno dejar la mayor parte en Tlaxcala, para seguridad de los bergantines, cuando llegase el tiempo de trasportarlos (1). De los tres caminos que habia para ir á Texcoco, tomó Cortés el mas difícil, creyendo prudentemente que no debiendo aguardarlo por allí los Mexicanos, seria mas segura su marcha. Pasó por Tetxmelocan, pueblo perteneciente al estado de Huexotzinco. El 30 contemplaron, desde la cima mas alta de aquellos montes, el hermoso valle de México, parte con júbilo, por ser aquel el término de sus deseos, parte con disgusto, por el recuerdo de sus desastres. Al comenzar á bajar hácia el llano, hallaron el camino embarazado con troncos y ramas de árboles, atravesadas á propósito, y tuvieron que emplear mil Tlaxcaltecas en remover aquel obstáculo. Cuando llegaron al valle, los atacaron algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo los españoles dado muerte á algunos de ellos, los demas se pusieron en fuga. Aquella noche se alojaron en Coatepec, lugar distante ocho millas de Texcoco, y al dia siguiente, cuando se encaminaban á aquella capital, inciertos de la disposicion de los Texcocanos, pero resueltos á no volver atras, sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron venir hácia ellos cuatro personajes sin armas, con una bandera de oro, y conociendo Cortés que esta era señal de paz, se adelantó para abocarse con ellos. Eran en efecto mensajeros enviados por el rey Coanacotzin, para cumplimentar al general español, para convidarlo á ir á su corte, y para rogarle que no cometiese hostilidad alguna en sus estados. Al mismo tiempo le presentaron la bandera, que pesaba treinta y dos onzas. Cortés, á pesar de estos indicios de amistad,

[1] "No hay duda, dice Solís, que Cortés salió de Tlaxcala con mas de 60,000 hombres." Lo cierto es que no se sabe positivamente su número, pues ni Cortés ni Bernal Diaz lo mencionan. Gomara dice que eran mas de 80,000.

le echó en cara la muerte dada pocos meses ántes, por los habitantes del pueblo de Zoltepec, á cuarenta y cinco españoles, cinco caballos, y trescientos Tlaxcaltecas, que los acompañaban cargados de oro, plata y armas para los españoles que estaban entonces en México, con tanta inhumanidad, que habian colgado como trofeos en el templo de Texcoco, los pellejos de los españoles, con sus armas y trages, y los de los caballos con sus arneses. Añadió que ya que no era posible compensar la pérdida de aquella gente, debian al ménos pagarle el oro y la plata que habian robado; que si no le daban la debida satisfaccion, por cada español muerto, haria él morir mil Texcocanos. Los mensajeros respondieron que su nacion no era la culpable de aquel esceso, sino los Mexicanos, por cuya órden obraron los Zoltepequeses: que sin embargo, ellos se ofrecian á emplear toda la diligencia posible, para que se restituyese todo lo que se habia quitado; y despidiéndose cortesmente del general, volvieron á toda prisa á Texcoco, con la noticia del pronto arribo de los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO, Y REVOLUCIONES EN AQUELLA CORTE.

Entró Cortés con su ejército en Texcoco, el último dia de aquel año. Salieron á su encuentro algunos nobles, y lo condujeron á uno de los palacios del difunto rey Nezahualpilli, el cual era tan grande, que no solo se alojaron en él los seiscientos españoles, sino que aun cabian cómodamente otros seiscientos. Muy en breve notó el general que el concurso de las calles habia dismuido considerablemente, pareciéndole que no habia la tercera parte de la poblacion que viera en otras ocasiones, y sobre todo, observó que faltaban las mugeres y los niños, indicio manifiesto de alguna mala disposicion de aquella corte. Para no aumentar la desconfianza de los ciudadanos, y para no esponer su gente á nuevos infortunios, publicó un bando en que prohibió á los soldados la salida de los cuarteles, so pena de la vida. Despues de comer, observaron desde las azoteas

del palacio, que salia mucha gente de la ciudad, encaminándose los unos á los bosques vecinos, y los otros á los diversos pueblos del lago. La noche siguiente se ausentó el rey Coanacotzin, pasando á México en una barca, en despecho de Cortés, que deseaba apoderarse de él como habia hecho de sus tres hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin é Ixtlilxochitl. En verdad, Coanacotzin no podia tomar otro partido, porque ¿cómo era posible que se creyese seguro entre los españoles, despues de lo que habian hecho con sus hermanos, con Motecuzoma su tio; y mayormente temiendo que muchos de sus súbditos se aprovecharan de aquella ocasion, para declararse en contra, los unos por miedo de los españoles, y por los intereses particulares de sus familias, los otros por vengar la muerte de Cuicuitzcatzin, y muchos por poner en el trono á Ixtlilxochitl?

Las revoluciones que inmediatamente ocurrieron en aquella capital justificaron su fuga. Apénas habia estado allí tres dias Cortés, cuando se le presentaron los señores de Huexotla, de Coatlichan y de Atenco, tres ciudades tan inmediatas á Texcoco, segun hemos dicho, que podian considerarse como sus arrabales. El objeto de su venida era ofrecer su amistad y alianza á Cortés, y este, que nada deseaba tanto como aumentar su partido, los acogió benignamente, y les ofreció su proteccion. Informada de esta novedad la corte de México, envió una severa reprension á aquellos señores, mandándoles decir, que si la causa de haber abrazado tan vil partido era el miedo que tenian del poder de aquellos enemigos, supiesen que los Mexicanos se hallaban con fuerzas superiores, y que con ellas esterminarian muy en breve á los españoles, juntamente con sus aliados favoritos los Tlaxcaltecas; que si se habian reducido á tanta estremidad por conservar los estados y dominios que tenian en Texcoco, pasasen á México, en cuyo territorio se les darian mejores posesiones. Mas aquellos señores, en lugar de amedrentarse con las amenazas, y de ceder á las promesas, se

apoderaron de los mensajeros, y los enviaron á Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venian á interponer su mediación, á fin de negociar la paz entre los españoles y los Mexicanos. Cortés, fingiendo dar crédito á lo que decian, los puso en libertad, y les encargó dijese á su soberano, que él no queria la guerra, ni la haria jamas, si los Mexicanos no lo obligaban á ello con sus hostilidades; que por tanto viesese apercebido, y se guardase de hacer el menor daño á los suyos ó á sus aliados, pues en este caso serian sus enemigos, y darian lugar á la total ruina de la ciudad.

Mucho importaba en efecto á Cortés la alianza de aquellas tres ciudades; mas ántes de todo era necesario ganarse la corte misma de Texcoco, tanto por la gran nobleza que en ella habia, cuanto por su influjo en las otras ciudades del reino. Desde su entrada procuró granjearse los ánimos con su afabilidad y buenos modales, y lo mismo habia recomendado á los suyos, prohibiendo severísimamente toda clase de hostilidad contra los habitantes. Conoció desde luego entre los nobles un partido favorable á Ixtlilxochitl, á quien tenia detenido, no sé por qué razon en Tlaxcala. Hízolo conducir á la corte por un buen número de españoles y Tlaxcaltecas, presentó á la nobleza, y obtuvo que fuese aclamado rey, y coronado con las mismas ceremonias y regocijos que se solian hacer con los soberanos legítimos (1). Promovió Cor-

[1] Solís en la relacion de este suceso, ademas de las imaginarias arengas que pone en boca de Cortés y de los Texcocanos, incurre en siete errores sustanciales. 1. Supone vivo en aquel tiempo á Cacamatzin, siendo así que, por testimonio de Cortés y de otros historiadores, consta que fué muerto en la noche de la derrota de los españoles ó poco ántes. 2. Duda al principio, y luego afirma positivamente que en el mismo tiempo reinaba en Texcoco Cacamatzin, siendo indudable que el príncipe reinante era Coanacotzin. 3. Hace á Cacamatzin hermano de Nezahualpilli [á quien llama *Nezabal*], de quien era hijo, como saben los que han saludado la historia de

tés la exaltacion de aquel príncipe, tanto por vengarse de Coanacotzin, como por tener á la nacion dependiente de su voluntad. El pueblo lo aceptó sin dificultad, ó porque no osase oponerse á los españoles, ó por que estaba cansado de su antiguo gefe.

Era Ixtlilxochitl jóven de cerca de veintitres años. Desde la primera entrada de Cortés en Tlaxcala, se habia declarado abiertamente en su favor, se le habia ofrecido con su ejército, y convidádolo á hacer su viaje á México por Otompan, donde á la sazón se hallaba; pero en despecho de su buena voluntad y de sus obsequios, fué prisionero de los españoles, cuando estos salieron derrotados de México, y detenido en Tlaxcala hasta el suceso de que voy hablando. Todas estas circunstancias me hacen creer que su cautiverio no fué mas que una decorosa privacion de su libertad, dorada con alguno de aquellos pretextos que suele inventar la política de los hombres, cuando los guia la desconfianza ó el deseo de la propia seguridad. Con la larga prác-

aquellos pueblos. 4. Supone que Cacamatzin mató á Nezahualpilli, fábula jamas oida en la historia de Texcoco. 5. Créo muerto á Nezahualpilli cuando reinaba el antecesor de Moteuczoma. Ahora bien, el antecesor de Moteuczoma murió en 1502: luego Nezahualpilli fué muerto aquel mismo año, cuando mas tarde, por Cacamatzin. Cuando tuvo el arrojito de matar á su rey, se debe creer que tendria á lo ménos 15 años: luego en 1519, cuando el mismo Cacamatzin visitó á Cortés en Ayotzinco, tenia á lo ménos 32 años, y sin embargo, el mismo Solís en otra parte solo le da 25. Pero la verdad es que Nezahualpilli murió en 1516. 6. Supone á Cacamatzin usurpador de la corona, cuando consta de la historia que era el sucesor legítimo. 7. Finge que el nuevo rey se hallaba en Texcoco cuando llegó Cortés; que este no lo habia visto ántes; que la primera vez que se le presentó, quedó el candillo español tan prendado de su elocuencia y gentileza, que lo abrazó sin poderse contener: todo lo cual es un tejido de fábulas; pues por las cartas del mismo Cortés, y por muchos historiadores consta, que aquel príncipe (cuyo nombre ignoró Solís) habia sido conocido por Cortés un año ántes de su elevacion, que habia sido seis meses su prisionero, y que lo hizo venir de Tlaxcala para coronarlo, como se refiere en el testo de esta Historia.

ESPEDICION PELIGROSA CONTRA IZTAPALAPAN.

tica de los españoles, se acostumbró á sus usos y modales. Fué instruido en la religion cristiana, y tomó en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl, por respeto al general español que fué su padrino. No gozó sino de la apariencia de la magestad; pues mas que señor de sus súbditos, fué ministro de la voluntad de los españoles, á quienes hizo grandes servicios, no solo en la conquista de México, en que sirvió con su persona y con sus tropas, sino en la reedificacion de aquella capital, para la cual suministró millares de arquitectos, albañiles y operarios. Murió todavía jóven en 1523, y le sucedió en el señorío de Texcoco su hermano D. Carlos, de quien haré honrosa mencion despues. Con la exaltacion de Ixtlilxochitl, y con los obsequios que Cortés le hacia, se aumentó considerablemente el partido de los españoles, y todas las familias texcocanas que se habian asentado de la corte, por miedo de sus hostilidades, volvieron seguras y alegres á sus casas.

Cortés habia resuelto fijar su cuartel general en Texcoco, por lo que dispuso fortificar el palacio que servia de alojamiento á sus tropas. No podia abrazar un partido mas conducente á sus miras. Texcoco, como capital del reino de Acolhuacan, y ciudad tan grande y populosa, abundaba en toda clase de víveres, para el mantenimiento de sus tropas: tenia buenos edificios para su habitacion, buenas fortificaciones para su defensa, y gran número de artífices de toda clase para los trabajos de que podria necesitar el ejército. Los dominios de aquel estado confinaban con los de Tlaxcala, y de este modo estaban seguras las comunicaciones con la república: la proximidad del lago era de suma importancia para la conduccion de los bergantines, y la ventajosa situacion de la ciudad proporcionaba á los españoles la noticia de todos los movimientos de sus enemigos, sin esponerse á sus hostilidades.

Despues de haber arreglado los negocios de Texcoco, resolvió Cortés atacar la ciudad de Iztapalapan, para vengar en ella y en sus ciudadanos las ofensas que habia recibido de su señor Cuitlahuatzin, á quien atribuia la causa de las desgracias de la noche memorable de la retirada. Dejó en Texcoco una guarnicion de mas de trescientos españoles, y muchos aliados, al mando de Sandoval, y él marchó con mas de doscientos de los suyos, mas de tres mil Tlaxcaltecas, y muchos nobles de Texcoco. Antes de llegar á Iztapalapan, salieron á su encuentro algunas tropas, las cuales, fingiendo oponerse á su entrada, y peleando parte en tierra, parte en agua, se iban retirando hácia el pueblo, como si no pudieran resistir á los invasores. Empeñados españoles y Tlaxcaltecas en alcanzarlos, entraron en la ciudad, cuyas calles hallaron en gran parte desiertas, pues los ciudadanos se habian retirado con sus mugeres é hijos, y la mayor parte de sus bienes, á unas casas que tenian en las islas del lago; pero aun allí fueron perseguidos por sus enemigos, que peleaban igualmente por agua y tierra. Era ya muy entrada la noche, cuando los españoles, alegres por la victoria que creian haber conseguido, se ocupaban en saquear las casas, y los Tlaxcaltecas en pegarles fuego, cuando en pocos instantes se convirtió su júbilo en espanto, pues á la luz del incendio observaron que salia el agua de los canales, y empezaba á cundir en la ciudad. Conocido el peligro, se dió el toque de retirada, y se abandonó precipitadamente el pueblo, tomando el camino de Texcoco; mas á pesar de la diligencia de las tropas, llegaron á un punto donde se habian acumulado de tal modo las aguas, que los españoles pasaron con gran trabajo: de los Tlaxcaltecas se ahogaron algunos, y se perdió la mayor parte del botín. No hubiera quedado uno solo vivo, si se hubieran detenido tres horas en la ciudad, como el mismo Cortés asegura, porque los ciudadanos, queriendo desha-

cerse de aquel modo de sus enemigos, rompieron los diques del lago, y anegaron la ciudad. Al día siguiente continuaron su marcha por las orillas del lago, continuamente perseguidos é insultados por los enemigos. Esta expedición disgustó mucho á los españoles; pero aunque perdieron los despojos, y muchos fueron heridos, solo murieron dos de ellos y un caballo. La pérdida de los de Iztapalapan fué mucho mas considerable; pues además del menoscabo que sus casas sufrieron, quedaron, según Cortés, mas de seis mil muertos.

CONFEDERACION DE OTOMPAN Y DE OTRAS CIUDADES CON LOS ESPAÑOLES.

La pesadumbre que produjo á Cortés aquel suceso, fué muy en breve compensada por la satisfacción de recibir la sumisión que le enviaron por medio de sus embajadores, las ciudades de Mizquic, Otompan y otras de aquellos contornos, alegando, para obtener su gracia, que habiéndolos escitado los Mexicanos á tomar las armas en su favor, ellos no habian querido jamás ceder á sus deseos. Cortés, cuya autoridad se extendía tan rápidamente como se aumentaba su partido, les exigió, como condicion necesaria para conseguir su alianza, que se apoderasen de cuantos mensajeros les fuesen enviados de México, y de cuantos Mexicanos llegasen á su ciudad. Ellos lo prometieron así, aunque no sin grandes dificultades, y desde entonces fueron constantemente aliados fieles de los españoles.

A esta confederación siguió muy en breve la de Chalco, ciudad y estado considerable de la orilla oriental del lago dulce. Sabiendo Cortés que sus habitantes deseaban unirse á su partido, pero no osaban declararse por miedo de las guarniciones mexicanas que estaban en sus plazas, les envió á Sandoval con veinte caballos, doscientos peones españoles, y un buen número de aliados, dándole orden de acompañar á unos Tlaxcaltecas que deseaban llevar á su patria la parte que habian salvado del botín de Iztapalapan, y volver sobre Chalco para ar-

rojar á los Mexicanos. Dió Sandoval la vanguardia á los Tlaxcaltecas: algunas tropas enemigas que se habian puesto en acecho, los atacaron de improviso, los desordenaron, les mataron mucha gente, y les quitaron el botín; pero sobrevinieron los españoles, y vengaron aquel triunfo, derrotando á los Mexicanos, y quitándoles los despojos. Los Tlaxcaltecas continuaron sin peligro su viaje, y Sandoval marchó á Chalco; pero antes de llegar á la ciudad, salió al encuentro la guarnición mexicana, compuesta, según algunos autores, de doce mil combatientes. Se dió la batalla, que duró dos horas, y terminó con la muerte de muchos enemigos, y con la fuga de los otros. Los Chalqueses, noticiosos de la victoria, salieron con gran júbilo á recibir á los españoles, y los acompañaron triunfantes á la ciudad (1). El señor de aquel estado, que habia muerto de viruelas pocos días antes, habia recomendado eficazmente, en los últimos momentos de su vida, á los dos hijos que dejaba, que se confederasen con los españoles, que cultivasen su amistad, y que tuviesen á Cortés por padre. Por respeto á su última voluntad, pasaron aquellos dos jóvenes á Texcoco, acompañados del ejército español, y de muchos nobles Chalqueses; presentaron á Cortés una suma considerable de oro, y establecieron la alianza, en que se mantuvieron constantemente fieles. La causa de rebelarse tan fácilmente aquellos pueblos contra el imperio, era, en unos, el miedo de las armas españolas, y del poder de sus aliados, y en otros el odio de la dominación mexicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los pueblos, cuando en la subordinación influye mas el terror que la beneficencia, ni hay trono mas vacilante que el

[1] Solís, en la relación de este suceso, incurre en dos errores geográficos. 1.º Supone que Chalco estaba contigua á Otompan, no sabiendo que entre ellas estaban la corte de Texcoco y otras ciudades importantes de Acolhuacan. 2.º Dice que los estados de Chalco y de Tlaxcala eran confinantes, cuando habia entre ellos un bosque vastísimo, y una parte de los dominios de Huexotzinco, y por otro lado mediaban los distritos mas poblados de Acolhuacan.

que se sostiene mas bien en la fuerza de las armas, que en el amor de los pueblos. Cortés, después de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el estado, ó porque así lo pidieron ellos mismos, ó porque le sugirieron este plan los nobles. Dió al mayor la investidura de la ciudad principal, con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco, Chimallhuacan, Ayotzinco y otros.

No cesaban entre tanto los Mexicanos de hacer correrías en los estados que se habian unido con los españoles; pero la diligencia de Cortés en enviar socorros á donde eran necesarios, inutilizaba completamente sus esfuerzos. Entre otros, vinieron los Chalqueses á Texcoco á pedir socorro á los españoles, pues habian sabido que los Mexicanos se apercebían á darles un golpe en castigo de su rebelión. No pudo condescender el general español con sus deseos, pues habiéndose concluido el corte de la madera que debia servir en los bergantines, necesitaba de toda su gente para trasportarla con seguridad de Tlaxcala á Texcoco; pero les aconsejó que se confederasen con los Huexotzingos, con los Cholultecas y con los Cuauquecholeses. Ellos rehusaron este partido, por la enemistad que siempre habian tenido con aquellos pueblos; pero al fin lo aceptaron, movidos por las instancias de Cortés, y obligados por la necesidad. Apenas se habian despedido los Chalqueses, cuando llegaron oportunamente á Texcoco tres mensajeros de Huexotzinco y de Cuauquechollan, enviados por aquellos señores á Cortés, para darle parte de su inquietud, de resultas de unas humaredas que sus centinelas habian descubierto desde las cimas de los montes, y que eran indicios manifiestos de próximas hostilidades: al mismo tiempo le ofrecían sus tropas, que estaban apercebidas á ponerse bajo sus órdenes cuando necesitase de ellas. Aprovechóse Cortés de tan favorable ocasión para confederar aquellos estados con el de Chalco, obligándolos á renunciar, por el bien común, á sus particulares resentimientos. Fué

tan sólida aquella alianza, que desde entonces se ayudaron mutuamente sus miembros contra los Mexicanos.

TRASPORTE DE LOS MATERIALES PARA LOS BERGANTINES.

Siendo ya tiempo de llevar á Texcoco el maderaje, las velas, la jarcia y la clavazón de los bergantines, dió Cortés esta comisión á Sandoval, con doscientos infantes españoles y quince caballos, encargándole que fuese antes á Zoltepec á castigar rigurosamente á sus habitantes, por la muerte de los cuarenta y cinco soldados españoles, y trescientos Tlaxcaltecas, de que ya he hablado. Los Zoltepequeses, cuando vieron acercarse la borrasca, abandonaron sus casas para salvar la vida con la fuga; pero habiéndolos alcanzado los españoles, muchos de ellos fueron pasados á cuchillo, y otros hechos esclavos. De allí marchó Sandoval á Tlaxcala, donde halló todo dispuesto para la conducción de los materiales. El primer bergantín fué construido por Martín López, soldado español que hacia de ingeniero en el ejército de Cortés, y se echó al agua para prueba, en el río de Zahuapan. Por aquel modelo hicieron los Tlaxcaltecas los otros doce. Hízose la conducción con el mayor aparato, y júbilo de los Tlaxcaltecas, pareciéndoles ligera aquella carga que debia contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil Tlaxcaltecas llevaban á hombro la madera, las velas y todos los demas objetos necesarios á la construcción; dos mil llevaban los víveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran Chichimecatl, ó sea Chichimeca-teuctli (1),

[1] Este Chichimecatl, que hace tanto papel en nuestra historia, no parece que fuese el padre, que ya era muy viejo, sino el hijo que tenia el mismo nombre, y que en la guerra de españoles y Tlaxcaltecas tuvo el grave disgusto de que he hablado. *Ayotecatl* es llamado así por Torquemada en la Historia; pero en el índice lo llama *Ayotecatl*. Al otro jefe da en la Historia el nombre de *Teotepil*, y en el índice el de *Teotlypil*. Yo sospecho que aquel noble Tlaxcalteca fué

Ayotecatí, y Teotepil, ó Teotlypil. Este acompañamiento ocupaba, según Bernal Díaz, una extensión de más de seis millas. Cuando salieron de Tlaxcala mandaba la vanguardia Chichimecatl; mas al poner el pie fuera de los confines de la república, Sandoval lo puso á retaguardia, porque temia alguna sorpresa de los enemigos. Esta disposición ocasionó un grave disgusto á los Tlaxcaltecas, pues se jactaban de valientes, y decian que en todas las acciones en que hasta entonces se habian hallado, habian ocupado, á ejemplo de sus mayores, el puesto más peligroso; de modo que Sandoval tuvo que emplear razones y ruegos para contentarlos. Cortés, vestido de brillantes galas, y acompañado de todos sus oficiales, salió á recibir el convoy, y abrazó y dió gracias á los señores tlaxcaltecas por sus buenos oficios. Su entrada en Texcoco, que se hizo con el mejor orden, duró tres horas. Las tropas de una y otra nación gritaban *Castilla, Castilla, Tlaxcala, Tlaxcala*, en medio del estrépito de la música militar.

ESPEDICIONES CONTRA LAS CIUDADES DE XALTOCAN Y TLACOPAN.

Apénas llegó Chichimecatl, cuando sin descansar del viaje rogó á Cortés que lo emplease á él y á su tropa en alguna expedición contra los enemigos. Cortés, que solo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlaxcala para ejecutar un designio que desde largo tiempo meditaba, dejando en Texcoco una buena guarnición, y dadas las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521, con veinticinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil Tlaxcaltecas, y una parte de la nobleza texcocana; y porque temia que los Texcocanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto á los enemigos, y trastor-

se Ayotecatí, padre inhumano, que en odio de la fe cristiana mató después á dos hijos suyos. Cortés llama á estos gefes *Tuteatí* y *Teupití*.

nasen sus proyectos, salió de aquella ciudad sin descubrir á nadie el término de su viaje. Caminó el ejército doce millas hácia el Norte, y pasó la primera noche á descubierto. El día siguiente se dirigió á Xaltocan, ciudad fuerte, situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que á ella conducia, y que, como México, estaba cortada con fosos. La infantería española, sostenida por un buen número de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos y flechas que hirieron á muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacian las armas españolas, abandonaron la ciudad, y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta expedición, se encaminó el ejército á Cuauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama con razón; pero la hallaron despoblada, pues los habitantes, amedrentados con lo que habian oido de Xaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron á Tenayocan y á Azcapotzalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente, llegaron á la corte de Tlacopan, término que se habia propuesto Cortés, con el objeto de negociar algun convenio con México, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los designios que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos á oponerse á los invasores. Atacaron en efecto con su acostumbrado ímpetu á los españoles, y pelearon valerosamente largo rato; mas al fin, no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron á la ciudad. Los españoles, por ser ya entrada la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al día siguiente, los Tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la población, y en los seis días que permanecieron allí los españoles, tuvieron continuos encuentros, y hubo algunos duelos famosos entre Tlaxcaltecas y Tlacopanenses. Unos y otros combatieron con extraordinario valor, y desfogaron en oprobios el odio que mu-

tuamente se profesaban. Los Tlacopanenses llamaban á los Tlaxcaltecas damas de los españoles, sin cuya protección nunca se hubieran atrevido á llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los Tlaxcaltecas respondian, que á los Mexicanos y á todos sus partidarios se debia más bien el título de mugeres; pues siendo tan superiores en número á ellos, no habian podido dominarlos en ningún tiempo. También prodigaron los enemigos insultos y denuestos á los españoles, convidándolos, por burla, á entrar en México, para mandar allí como señores, y gozar de todos los placeres de la vida. “¿Te parece, cristiano, decian á Cortés, que irán ahora las cosas como ántes? ¿Piensas que reina en México un Moteuczoma, sacrificado á tus caprichos? Entra en la corte, y serás en breve inmolado, con todos los tuyos, á los dioses.” En las acciones que sostuvieron aquellos días los españoles, entraron en aquel fatal camino, y se acercaron á los memorables fosos en que habian sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estuvieron próximos á perecer; porque empeñados en perseguir á unas tropas mexicanas, que habian salido á insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados de una y otra parte del camino, por tan gran número de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar á tierra firme. En este conflicto, tuvieron cinco españoles muertos y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal éxito de su expedición, volvió con su ejército por el mismo camino, á Texcoco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de los enemigos, que atribuian su retirada á cobardía y desaliento (1). Los Tlaxcaltecas que acompañaron á los españoles, habiendo to-

(1) Solís, queriendo desmentir á Bernal Díaz, dice: “Por más que diga nuestro historiador de esta expedición, fué tan importante al fin principal, que apénas regresado Cortés á Texcoco, vinieron suplicantes á prestarle obediencia los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Auhtlan (así llama á Tizapan, Mexicaltzingo y Nauhtlan) y otros pueblos de la orilla seten-

mado muchos y ricos despojos, pidieron permiso á Cortés de llevarlos á su país, y él lo concedió sin dificultad (1).

ESPEDICION DE SANDOVAL CONTRA HUAXTEPEC Y YACAPICHTLA.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés habia quedado mandando en Texcoco, salió de allí dos días después de la llegada de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados, para socorrer á los Chalqueses, que temian un gran ataque de los Mexicanos; pero habiendo hallado en Chalco muchas tropas de Huexotzinco y de Cuauhquechollan, que habian ido allí con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnición mexicana de Huaxtepec, se dirigió á este pueblo, situado en los montes quince millas á Mediodía de Chalco. En su marcha fué atacado por dos gruesos cuerpos enemigos; pero los derrotó sin gran esfuerzo, lo que se debió en gran parte al inmenso número de aliados que llevaba consigo. Entraron los españoles en Huaxtepec, y se alojaron en unas ca-

trional; lo que da á conocer que los españoles volvieron con reputación &c.” Pero dejando aparte la expresión ambigua *orilla setentrional*, que algunos lectores aplicarán quizás á la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir que vinieron los señores de aquellos estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse á enviar esta embajada, de resultados de lo ocurrido en Tlacopan, porque los embajadores llegaron á Texcoco cuatro días después de la expedición, y sus ciudades distaban de aquella corte más de 200 millas.

(1) Herrera y Torquemada dicen que Cortés mandó despojar violentamente á los Tlaxcaltecas de las alhajas de oro con que se adornaron después de la expedición de Tlacopan, y que ellos se resentieron tanto de este agravio, que en dos días desertaron más de veinte mil. Si esto fuera cierto, Cortés hubiera sido el más insensato de los hombres, y la misma avaricia que hizo perecer tantos españoles en su retirada de México, hubiera frustrado la gran empresa de la conquista; mas la noticia de aquellos historiadores está en contradicción con lo que refieren Cortés, Bernal Díaz y Gomara, que cuentan el hecho como se halla en el texto de mi Historia.

sas grandes, para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente fueron atacados de nuevo por los Mexicanos, á quienes rechazaron y persiguieron por mas de tres millas, dejándolos totalmente derrotados. Volvieron al pueblo, y descansaron dos dias. Era entónces Huaxtepec ciudad célebre, no ménos por sus escelentes manufacturas de algodón, que por su hermoso jardín, de que ya he hablado.

Sandoval envió desde allí mensajeros á ofrecer la paz á los habitantes de Yacapichtla, lugar fortísimo, á seis millas de distancia de Huaxtepec, situado en la cima de un monte casi inaccesible á la caballería, y defendido por una numerosa guarnicion mexicana; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó hácia aquella ciudad, con intencion de dar un golpe que castigase su orgullo, y libertase para siempre á los Chalqueses del mal que por aquella parte podian temer. Los Tlaxcaltecas y los otros aliados se amedrentaron á vista de tanto peligro; pero Sandoval, animado por el heroico valor que lucia en todas sus acciones, se resolvió á vencer ó morir. Empezó á subir con su infantería, superando al mismo tiempo la aspereza del monte, y el gran número de enemigos que lo defendian con flechas, dardos, guijarros y aun con piedras desmesuradas, las cuales, aunque se rompian al chocar con las rocas interpuestas, herian con sus fragmentos á los españoles; pero nada fué capaz de contener su ímpetu. Entraron en la ciudad bañados de sangre y de sudor, y seguidos por sus aliados. El cansancio y las heridas inflamaron de tal modo su cólera, y con tanta furia se abalanzaron á sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espadas, se precipitaron por los tajos del monte. Tanta fué la sangre derramada, que tiñó un arroyo que por allí corría, en términos que en mas de una hora no pudieron hacer uso de sus aguas los vencedores, para apagar la gran sed que los aquejaba (1). "Fué esta, dice Cortés, una de

[1] Bernal Diaz se burla de Gomara por esta nar-

las mas señaladas victorias, en la cual los españoles dieron las mayores pruebas de su valor y de su constancia." La jornada costó la vida á Gonzalo Dominguez, uno de los mas valientes soldados de Cortés, cuya pérdida fué muy sensible á todo el ejército.

Irritados los Mexicanos con el estrago de Yacapichtla, armaron prontamente veinte mil hombres, y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los Chalqueses imploraron, como otras veces, el socorro de los españoles, y sus mensajeros llegaron cuando volvia de Yacapichtla Sandoval con sus tropas, cansado, mal parado y herido. Cortés, atribuyendo, con demasiada ligereza, las repetidas hostilidades de los Mexicanos contra Chalco, á descuido de aquel inapreciable caudillo, sin querer informarse de su conducta, ni oirlo, ni permitirle un momento de reposo, lo mandó ponerse en marcha, con los soldados mas capaces de seguirlo, para sostener aquellos aliados. Mucho sintió Sandoval esta ofensa que el general le hacia, cuando esperaba recibir de él los elogios á que era acreedor; pero fué tanta su prudencia en disimular su pesar, y tan pronta su obediencia, cuanto habia sido su arrojó en la expedición última. Partió sin tardanza á Chalco, y cuando llegó, ya estaba concluida la batalla, de la que salieron victoriosos los Chalqueses, con los auxilios de sus nuevos aliados los Huexotzingos y los Cuauhquecholeses; y si bien tuvieron una pérdida considerable, en cambio mataron muchos enemigos, y cogieron cuarenta pri-

racion de las aguas teñidas de sangre, y añade que no necesitaban beber de aquella, habiendo allí muchos manantiales; pero si estas se hallaban en el campo de batalla, es probable que tambien quedasen teñidas de sangre, y si distaban de aquel punto, no estaban los españoles en estado de ir á buscarlas. Bernal Diaz no se halló en aquella expedición, y yo doy mas crédito á la relacion de Cortés. "Fué tan grande, dice, la matanza que nuestros españoles hicieron en los enemigos, y tales los estragos que estos se hicieron entre sí, que todos los presentes afirman que un arroyo que circundaba casi todo aquel sitio, quedó teñido de sangre por mas de una hora, de modo que no pudieron beber de sus aguas."

sioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los Chalqueses á Sandoval, y por este á Cortés. Este conoció su error, y bien informado de la irreprochable conducta de Sandoval, procuró aplacar su justo resentimiento con singulares demostraciones de estimacion y honor.

NEGOCIACION INFRUCTUOSA DE CORTES CON LOS MEXICANOS.

Queriendo, en fin, hacer algun convenio con los Mexicanos, tanto para evitar las fatigas y los males de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin arruinarla, resolvió enviar á ella aquellos dos personajes prisioneros, con una carta al rey Cuauhtemotzin, la cual, aunque no podia ser entendida en aquella corte, servia de credenciales y de señal auténtica de la embajada. Espuso su contenido á los mensajeros, y les encargó manifestasen á su soberano, que él no aspiraba á otro objeto, sino á que el rey de España fuese reconocido señor de aquella tierra, ya que así lo habia resuelto la nobleza en la respetable asamblea que se reunió en presencia de Moteuczoma; que se acordase del homenaje que entónces tributaron todos los señores mexicanos al gran monarca de Oriente; que deseaba establecer con México una paz duradera, y una eterna alianza; que no habia emprendido aquella guerra, sino obligado por sus hostilidades; que le pesaba tener que derramar tanta sangre mexicana, y destruir ciudades tan grandes y hermosas; que ellos mismos eran testigos del valor de los españoles, de la superioridad de sus armas, de la muchedumbre de sus aliados, y de la felicidad de sus empresas; en fin, que reflexionase bien en lo que hacia, y no lo obligase con su obstinacion á continuar una guerra que terminaria con la ruina total de la corte y del imperio.

El fruto de esta embajada se conoció muy en breve en los lamentos de los Chalqueses, los cuales, informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercebían, vinieron

á implorar el socorro de los españoles, presentando á Cortés, pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco, y el camino que tomaban sus tropas. En tanto que Cortés disponia las suyas para aquella expedición, llegaron á Texcoco los mensajeros de Tizapan, Mexicaltzinco y Nauhltlan, ciudades de la costa del seno Mexicano, situadas mas allá de la colonia de Veracruz, á prestar obediencia, en nombre de sus señores, al rey de España.

MARCHA DEL EJERCITO ESPAÑOL POR LOS MONTES MERIDIONALES.

En 5 de abril salió Cortés de Texcoco, con treinta caballos, trescientos peones españoles y veinte mil aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Marchó en derecha á Tlalmanalco, y de allí á Chimalhuacan (1), donde se engrosó su ejército con mas de veinte mil hombres (2), que, ó por vengarse de los Mexicanos, ó por intereses del botín, ó como yo creo, por uno y por otro, venian de diferentes puntos á servir en aquella guerra. Siguiendo despues, como es de creerse, el camino representado por los Chalqueses en sus pinturas, se dirigieron por los montes del Mediodía hácia Huaxtepec, y vieron cerca del camino una elevacion muy escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mugeres y niños, y las faldas por un gran número de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos y silbidos de los españoles. Cortés, no pudiendo sobrellevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte;

[1] Habia, y hay ahora, dos pueblos de aquel nombre: el uno, á orillas del lago de Texcoco, al principio de la península de Iztapalapan, y llamado simplemente *Chimalhuacan*; el otro, en los montes al Mediodía del valle, y se llama *Chimalhuacan-Chalco*. Se trata de este último.

[2] Cortés dice que en Chimalhuacan se le agregaron 40.000 hombres, y Bernal Diaz dice que eran mas de 20.000; mas este habla de los recién-llegados, y aquel de la suma total de aliados, incluso los Tlaxcaltecas que sacó de Texcoco, y los que se reunieron en Chimalhuacan.